

AC 12 105

Radio educativa para los alumnos de este curso, de la Universidad Nacional de Educación Y también para los que quieren saber algo más. Todo esto es... De 10 a 10 y media de la noche, hora peninsular, de lunes a viernes. Buenas noches, hoy introducción a las humanidades.

El 9 de mayo de 1883, nace en Madrid uno de los más ilustres filósofos contemporáneos, José Ortega y Gasset. Muere 72 años más tarde en la misma ciudad, el 18 de octubre de 1955. Tenemos que hallar, que descubrir la trayectoria necesaria de nuestra vida, que sólo entonces será la verdaderamente nuestra, y no de otro o de nadie como lo es la del frívolo.

¿Cómo se resuelve tan difícil problema? Para mí no ha cabido nunca duda alguna sobre ello. Nos encontramos con un poeta a quien se da un pie forzado. Este pie forzado es la circunstancia.

Ortega, filósofo de la circunstancia. De él nos ocuparemos esta noche. De él nos hablará luego su gran discípulo, Julián Marías.

Ortega y Eugenio Dors son las dos grandes figuras de la filosofía española contemporánea. Ortega manifiesta una preocupación sociológica por explicarse la razón de lo que es la vida, el mundo o la historia, empleando su método racio-vitalista. Para Ortega, los valores del pensamiento y de la cultura son fluyentes, dinámicos.

Su estilo es diáfano, directo, claro, popular. Ortega es laico y republicano, mesetario, ensayista, con un gran éxito social, maestro de muchos discípulos. Veamos algunos datos biográficos sobre Ortega.

Estudió la licenciatura en filosofía y letras en la Universidad de Madrid, en la que se doctoró en 1904 con la tesis titulada Los terrores del año mil, crítica de una leyenda. Un título que nos indica ya, en gran medida, la característica de su pensamiento. Un año más tarde de doctorarse, en 1905, marchó a Alemania donde estudió en las universidades de Leipzig, Berlín y Marburgo.

En esta última universidad, de Marburgo, la más importante entonces, de Alemania, fue discípulo del gran neocantiano Hermann Kochen. Desde 1910 fue catedrático de metafísica de la Universidad de Madrid, donde explicó sus cursos hasta 1936, cuando comenzó la guerra civil española. En 1923 Ortega funda la revista de Occidente, publicada hasta 1936, que con su biblioteca ha mantenido informados a los lectores de lengua española de las más importantes cuestiones intelectuales.

Como consecuencia de ello, y sobre todo de su acción filosófica personal, se genera el florecimiento de la denominada Escuela de Madrid, a la que se vinculan todos sus discípulos principales. Entre ellos, Manuel García Morente, Fernando Vela, Xavier Zubiri, José Gaos, Luis Recasens Siches, María Zambrano, Antonio Rodríguez Huéscar, Manuel Granel, José Ferrater

Mora, Lisa Rague, Paulino Garagorri, Pedro Laine Entralgo, José Luis Aranguren y Julián Marías. A partir de 1936, una vez estallada la guerra, Ortega reside en Francia, Holanda, Argentina, Portugal y Alemania.

No volvería a visitar España hasta 1945. Durante estos años de exilio, escribe sus obras capitales, rápidamente difundidas en una docena de lenguas. Es el momento en que dedicará gran parte de su obra a meditar sobre el tema de España y la circunstancia española.

Más tarde, a su vuelta a España, funda en Madrid, en 1948, con Julián Marías, el Instituto de Humanidades, donde impartió cursos y participó en coloquios sobre varios temas. Y de uno de estos coloquios, el quehacer del hombre, tenemos su opinión en su propia voz. La vida es quehacer, y la verdad de la vida, es decir, la vida auténtica de cada cual, consistirá en hacer lo que hay que hacer, y evitar el hacer cualquiera cosa.

Para mí un hombre vale en la medida que la serie de sus actos sea necesaria y no caprichosa, pero con ello estriba la dificultad del acierto. Se nos suele presentar como necesario un repertorio de acciones que ya otros han ejecutado, y nos llega bajo la ureola de una u otra consagración. Esto nos incita a ser infieles con nuestro auténtico quehacer, que es siempre irreductible al de los demás.

La vida verdadera es inexorablemente invención. Tenemos que inventarnos nuestra propia existencia, y a la vez este invento no puede ser caprichoso. El vocablo inventar recobra aquí su intención etimológica de hallar.

Tenemos que hallar, que descubrir la trayectoria necesaria de nuestra vida, que sólo entonces será la verdaderamente nuestra, y no de otro o de nadie como lo es la del frívolo. ¿Cómo se resuelve tan difícil problema? Para mí no ha cabido nunca duda alguna sobre ello. Nos encontramos con un poeta a quien se da un pie forzado.

Este pie forzado es la circunstancia. Se vive siempre en una circunstancia, única e ineludible. Ella es quien nos marca, con un ideal perfil, lo que hay que hacer.

Esto he procurado yo en mi labor. He aceptado la circunstancia de mi nación y de mi tiempo. España padecía y padece un déficit de orden intelectual.

Había perdido la destreza en el manejo de los conceptos, que son, ni más ni menos, los instrumentos con que andamos entre las cosas. Era preciso enseñarla a enfrentarse con la realidad y transmutar ésta en pensamiento, con la menor pérdida posible. Se trata, pues, de algo más amplio que la ciencia.

La ciencia es sólo una manifestación entre muchas de la capacidad humana para reaccionar intelectualmente ante lo real. Ahora bien, este ensayo de aprendizaje intelectual había que hacerlo allí donde estaba el español, en la charla amistosa, en el periódico, en la conferencia. Y era preciso atraerle hacia la exactitud de la idea con la gracia del giro.

En España, para persuadir, es menester antes seducir. La formación del pensamiento de Ortega bebe sobre todo en tres fuentes. La obra de Joaquín Costa primero, el neocantismo de Hermann Kohn y la lectura de Nietzsche después.

Pero Ortega es, además de filósofo, un gran escritor, quizá uno de los mejores prosistas españoles de este siglo. Puede calificársele de ensayista y estilista puro. Ortega ha creado una terminología y un estilo filosófico personal.

Su técnica inversa a la de Heidegger, por ejemplo, consiste en huir de los neologismos, cargando a los modismos de significación filosófica o susceptible de cargarse de ella. Utiliza la metáfora con un valor metafísico, además de estético. Como él solía decir, la cortesía del filósofo es la claridad.

Su pensamiento alcanza así una diafanidad insuperable y se extrema en hacerse inteligible hasta el punto de inducir al lector, con demasiada frecuencia, a creer que, porque lo ha entendido sin fatiga, no tiene que esforzarse para comprenderlo del todo. Ortega vertió su pensamiento en el artículo de periódico y en el ensayo, dando así la porción de filosofía que los lectores podían efectivamente absorber en cada momento. Según sus palabras, era menester seducir al público hacia los problemas filosóficos con medios líricos.

Vemos, pues, como el interés de Ortega no se ha limitado a las cuestiones estrictas de filosofía, sino que ha llevado su punto de vista filosófico a todos los temas, el arte, la política, la historia, la literatura, la sociología, pero todos estos escritos, aun los de apariencia más remota, están vinculados a un propósito filosófico y sólo a la luz de su sistema de entender en su integridad. La formación española de Ortega fue realista, la formación alemana idealista. Su primera postura fue de oposición a ambas actitudes, ni realismo ni idealismo, sino vitalismo.

El realismo pone la verdadera realidad en las cosas, el idealismo en el yo. Pero las cosas sin el yo y el yo sin las cosas no tienen sentido. La verdadera realidad es la del yo con las cosas, es decir, la vida.

Pero esto no basta. Otros filósofos han tratado y siguen tratando de la vida. Es para ellos irracionalidad pura.

Esta irracionalidad se encuentra tanto en el yo, en la persona, como en las cosas y en el mundo. Así, estos filósofos se oponían a los racionalistas que todo lo sometían a cánones. En esta controversia, Ortega adopta una postura opuesta a ambas, pero que viene a ser una síntesis de las dos.

Ni racionalismo ni vitalismo, racio-vitalismo. Porque la vida humana es para Ortega la realidad radical, es decir, una realidad extraña en la que radican todas las demás realidades. El mismo Ortega lo ha expresado así.

La vida humana es una realidad extraña, de la cual lo primero que conviene decir es que es la realidad radical en el sentido de que a ella, a la vida, tenemos que referir todas las demás, ya

que las demás realidades, efectivas o presuntas, tienen de uno u otro modo que aparecer en ella. Para Ortega no se debe entender la vida como una cosa cual si poseyese naturaleza, sino como acto, como un hacer que se opone. Y como la vida humana no es sustancia, el hombre no tiene naturaleza.

Es, constitutivamente, historia. Piensa Ortega que la razón había venido entendiéndose como un órgano inmutable dirigido a la captación de la inmutable esencia de las cosas. De esta manera la realidad cambiante de la vida se escapa a la razón.

Por eso el puro vitalismo buscó fuera del ámbito de la razón el órgano fluyente capaz de aprender la vida. Ortega lo halla en la razón vital o histórica. La razón histórica es tan razón como la razón pura, pero además está capacitada para aprender la realidad fluyente que es la vida.

En ello consiste la metafísica de la razón vital. La producción literaria de Ortega es muy copiosa. Sus obras completas, reunidas en seis volúmenes, comprenden escritos publicados desde 1902 a 1943.

Tres volúmenes recogen las obras posteriores. Entre los más importantes de sus títulos se encuentran Meditaciones del Quijote, El Espectador, que compone ocho volúmenes, España Invertebrada, El tema de nuestro tiempo, La deshumanización del arte y La rebelión de las masas. La publicación de sus escritos inéditos se inició en 1957 con su libro sociológico El hombre y la gente.

¿Qué es filosofía? Le siguió el importantísimo y extenso libro La idea de principio de Leibniz y la evolución de la teoría deductiva. Pero entre todas las obras de José Ortega y Gasset, tal vez La rebelión de las masas es el libro más famoso. Se publicó por primera vez en 1930, hace más de medio siglo.

A diferencia de los libros de moda, la vitalidad de este libro afortunado no ha hecho sino crecer. Parece un libro escrito y mismo. La fama de este libro ha hecho que se le tome aislado por sí solo, separado del conjunto de la obra de Ortega en la cual se encuentran sus raíces y su última justificación.

Por otra parte, el acierto de su título, ya de por sí de fulgurante, atractivo y uno de los factores de su éxito inicial, invitaron a algunos a contentarse con él, a no leer la obra, a creer que bastaba con el título para saber lo que el autor pensaba. Y este es uno de sus discípulos y amigos, Julián Marías. Ortega llegó a ser mi mejor amigo, el amigo más próximo.

Intelectualmente nuestra relación era íntima. Ortega solía hablar siempre en plural, en un dual, que me envolvía de nuestra filosofía, y en definitiva trabajábamos, a enorme distancia, de calidad, por supuesto, a una distancia también cronológica muy grande, dos generaciones nos separaban, trabajábamos en la misma filosofía, trabajábamos en los mismos temas. Y ha habido entre los dos una coherencia, una compenetración extraordinaria y no frecuente en la

historia de la filosofía.

Mi primera relación con Ortega, indirecta, fue como lector de un pequeño libro que había publicado la editorial Esparza Calpe cuando yo tenía unos 15 años y que se titulaba Notas. Era una selección de ensayos de Ortega sobre varios temas. Lo leí con avidez porque el nombre de Ortega, su prestigio, me incitaba a ello, tenía desconfianza de entender una obra de un filósofo, yo estaba entonces estudiando el bachillerato, pero me encontré con que aquel texto se entendía y además tenía la impresión de que Ortega hablaba al lector de que se dirigía personalmente al que lo leía.

Después, cuando yo tenía 18 años, lo conocí en la Universidad de Madrid, fui alumno del curso de Metafísica que daba en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, en el viejo edificio de la Universidad de la calle de San Bernardo en el pabellón Valdecilla. Tuve la impresión de que Ortega significaba, iba a significar una etapa decisiva en mi vida. La penetración de su pensamiento, el atractivo de su manera de exponer, la enorme claridad, la capacidad que tenía de dirigirse a cada uno de los estudiantes como si fuera personalmente el destinatario de la lección, todo esto me produjo, como a todos los estudiantes de aquel momento, una impresión profunda.

Al mismo tiempo, teníamos respecto de él una actitud crítica. Nos parecía demasiado importante para aceptarlo sin más, para fundarnos en su prestigio o en el atractivo de su palabra. En definitiva, lo escuchábamos con una exigencia extraordinaria y tenía que ganar nuestra adhesión, nuestra aprobación, día tras día.

Fui estudiante de sus cursos durante cuatro años hasta que me licencié en Filosofía un mes antes del comienzo de la Guerra Civil. Coincidió esto con la ausencia de Ortega de España. Ortega salió de España poco después de empezar la Guerra Civil, me parece que el mes de agosto, y permaneció en el exilio nueve años.

Durante ocho, no volví a verlo. Le escribí con frecuencia a donde estaba, a Francia o a Holanda, y el año cuarenta y cuatro tuve con grandes dificultades conseguir un pasaporte y fui a Lisboa, donde pasé una semana de conversaciones constantes con él, mañana, tarde y noche, poniendo al día el pensamiento y la amistad mutua. Al año siguiente, el año cuarenta y cinco, pude volver a Lisboa, y esta vez fueron quince días de convivencia, y en el otoño de este año cuarenta y cinco Ortega volvió a Madrid.

No volvió a residir de un modo permanente, no tuvo presidencia en Lisboa, su entrada en España fue siempre puramente privada, nunca volvió a la universidad, no tuvo ninguna relación con el Estado, en ningún sentido, pero ya residió habitualmente, con gran frecuencia, en Madrid, y durante los diez años últimos de su vida nos veíamos dos veces diarias, hemos conversado horas y horas durante diez años con la mayor proximidad. Ortega, con el cual había hecho amistad muy pronto, del cual había sido lector y oyente incansable, el año cuarenta y ocho decidió organizar, en colaboración conmigo, el Instituto de Humanidades, que tuvo una vida corta, no duró más que dos años, tuvimos todo género de resistencias, de dificultades, de

ataques a los cuales no se podía responder, Ortega decidió, en mil novecientos cincuenta, interrumpirlo con la esperanza de reanudarlo, pero, el año cincuenta y cinco, Ortega murió, en octubre del año cincuenta y cinco, y la actividad del Instituto de Humanidades nunca se reanudó. Continué después yo un seminario de estudios de Humanidades, que no tenía cursos, que era simplemente un centro de investigación, pero que mantenía vivo el espíritu que había iniciado esta colaboración mía con Ortega desde el año cuarenta y ocho.

Don Julián Marías, ¿y qué representa Ortega en la filosofía? Creo que Ortega representa en la filosofía un punto de inflexión, entiendo por ello que con Ortega comienza una etapa de la filosofía. Esto no quiere decir nada respecto de su valor, respecto a su magnitud como filósofo, creo que es muy grande, pero no se trata de esto, se trata de la posición que tiene en la historia de la filosofía. Por ejemplo, Descartes en el siglo diecisiete descubre un método nuevo, descubre una manera nueva de ver la realidad, considera que la realidad primaria y más importante no son las cosas, como creyó el realismo durante milenio y medio, sino que es yo, yo como pensante, y que las cosas son, por tanto, ideas mías, y con él se inicia una etapa que duraría tres siglos y que se llama el idealismo.

Pues bien, Ortega inicia una etapa nueva, Ortega descubre que la realidad radical es ella, y que mi vida es lo que yo hago y lo que me pasa. En la fórmula que Ortega empleó en su primer libro, en 1914, Meditaciones del Quijote, yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo ella, no me salvo yo. Por cierto, esta fórmula es la justificación filosófica del patriotismo, porque yo tengo que justificar, tengo que salvar mi circunstancia, la realidad en la cual vivo, de la cual estoy hecho, el país del cual me nutro, la sociedad en la cual me he formado y vivo.

Pero naturalmente Ortega nunca tuvo una visión restringida, estrecha, provinciana. Ortega decía que el provinciano es el que cree que su pueblo es el mundo, o que su país es el mundo y su pueblo una galaxia. Ortega se daba cuenta de que España está en Europa, en el mundo, en la provincia, y por consiguiente tenía siempre una visión abarcadora, una visión no excluyente, no tenía nunca nacionalismo ni provincianismo.

Pero en definitiva Ortega dijo que si se pudiera descubrir hasta los, se vería que hasta con los últimos rayicos de su alma, decía, estaba haciendo experimentos de Nueva España. Ortega creía que era menester que los españoles no sabían las cosas, creía que la única manera de que España fuera auténtica y pudiera tener una vida propia era que recuperara la dignidad y el ejercicio del pensamiento que en definitiva por muchas razones se había enajenado, en España no había habido propiamente una filosofía creadora, por lo menos en español, la había habido en otros tiempos en latín, no en español, y Ortega fue el verdadero creador de la lengua filosófica española. Era tan apta para la filosofía como cualquier otra, y quizá más que muchas, por condiciones que tiene la lengua como tal.

Esto lo hizo con un talento literario extraordinario. No hubiera podido Ortega interesar a los españoles en la filosofía si no hubiera tenido la capacidad de expresión literaria, escrita y oral que tuvo. Ortega hizo que los españoles sintieran la vocación, que los españoles no

profesionales de la filosofía, el español medio se interese por la filosofía y sea capaz de escuchar cursos filosóficos o de leer libros filosóficos españoles o traducidos o extranjeros y salidos de otras lenguas en una proporción que no se da en los demás países europeos.

Es decir, la capacidad literaria de Ortega fue el instrumento por el cual pudo aclimatar a los españoles a los españoles. El tener la idea de que el libro debe ser libro, debe ser algo leído. Él hablaba de la involución del libro hacia el diálogo. Todo esto justamente hizo que Ortega, lo mismo en los libros que en los ensayos o en los artículos de periódicos diarios, llevar la filosofía a todo.

Ocupó el punto de vista filosófico a cualquier tema. Se ocupó de sociología, de política, de la vida cotidiana, de literatura, de arte, y de filosofía escrita. Y procuró justamente introducir en el lector o en el oyente, a veces en pocas palabras, el núcleo central de su sistema filosófico para que la comprensión y el detalle para manifestar mi entusiasmo y mi fe en la historia.

La historia es hoy, para Europa, la primera condición de su posible saneamiento y resurgir. Porque cada cual sólo puede tener sus propias virtudes y no la del prójimo. Europa es vieja.

No puede aspirar a tener las virtudes del ser vieja. Es decir, el tener una larga memoria, una larga historia. Los problemas de su vida se dan en altitudes de complicación que exigen también soluciones muy complicadas.

Y ésta sólo puede proporcionarlas la historia. De otro modo, habría un anacronismo entre la complejidad de sus problemas y la simplicidad juvenil y sin memoria de sus conclusiones. Europa tiene que aprender en la historia no ahellando en ella una norma de lo que puede hacer.

La historia no prevé el futuro, sino que tiene que aprender a evitar lo que no hay que hacer. Por tanto, a renacer siempre de sí misma evitando el pasado. Para esto nos sirve la historia, para libertarnos de la muerte.

Porque el pasado es un revenant y si no se le domina con la memoria refrescándolo, él vuelve siempre contra nosotros y acaba por estrangularlos. Esta es mi fe, este es mi entusiasmo por la historia. Y me complace vivamente y siempre ha sido para mí un gran fervor español el ver que en este lugar se condensa la atención sobre el pasado.

Se pasa sobre el pasado, que es la manera de hacerlo fecundo, como se pasa sobre la vieja tierra con el arado e hiriéndole con el surco se le fructifica. Según el pensamiento ortegaño y sobre los propios textos de Ortega, algunos de los aspectos que caracterizan al hombre contemporáneo dentro de la circunstancia tradicionalmente como fundamentales la conversión del hombre en hombre-masa y el advenimiento de la masa al protagonismo social, otros no menos problemáticos y significativos. Por ejemplo, la conversión del hombre de ciencia en especialista y la llamada barbarie del especialismo, el mastodóntico desarrollo de la técnica y la desnaturalización del hombre de hoy, la violencia como consecuencia última del

intervencionismo social de la masa, la indocilidad de la juventud, y la psicomatemática sustituida por la razón vital e histórica.

Lamentablemente ya tenemos que acabar habiendo vislumbrado muy someramente algunas de las características que configuran al hombre orteño. Leamos a Ortega para comprender su pensamiento y en especial el texto que ha sido seleccionado para este curso La rebelión de las masas. En el próximo programa de introducción a las humanidades comenzaremos ya a tratar temas de la parte de la asignatura que finalmente previsto para hoy la sugerencia se tratará en la próxima emisión de esta asignatura junto con la connotación.

Nada más por hoy y buenas noches. Hemos llegado ya al final del programa. La UNED volverá mañana de nueve a nueve y media de la mañana con un nuevo espacio de la España herética Nada más, gracias por estar con nosotros y hasta mañana a las nueve.